

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿EXISTE LA CUARESMA?

Podrá parecer caprichosa la pregunta, y no faltará quien se extrañe al leerla. Prosigan la lectura, y la extrañeza cesará. Yo no pregunto (se comprende) si hay ó no hay cuarenta días del año oficialmente destinados al recogimiento, á la represión de los apetitos y á la observancia especial de ciertos preceptos de la Iglesia. Esos días se encuentran consignados en el calendario; pero esos días son una de tantas *letras muertas* como podríamos descubrir en nuestras costumbres y en nuestro modo de ser moral. Acaso en provincia la Cuaresma existe aún. En Madrid no la veo, no la siento.

Empecemos por el principio, y consignemos lo que es en la corte el austero Miércoles de Ceniza. Un día idéntico al Domingo, Lunes y Martes de Carnestolendas. Digo mal: en las clases populares, mejor se jalea con meriendas, borracheras y juerga tendida el miércoles, que los días anteriores. Ahí están la pradera del Canal y el clásico entierro de la sardina, que no me dejarán mentir. Antaño, las clases acomodadas y pudientes guardaban el miércoles con sumo respeto. La noche del martes ya no se consideraba válida para fiestas ni saraos, porque desde que el reloj marcaba las doce era obligación estricta (y sigue siéndolo, por supuesto) el ayuno. Hoy el martes se aprovecha, estrujando hasta la última gota el vacío limón del placer, y el miércoles permanece la afluencia de máscaras que bajan al Prado y á Recoletos, la de coches que forman la fila, la de trenes que circulan por el centro del paseo provistos de la costosa licencia municipal ó autorizados por los galones oficiales de cocheros ó lacayos. Aturde el miércoles las calles de la villa la carnavalesca algarabía de voces contrahechas; cae al arroyo la misma lluvia multicolor de *confetti*; rasgan el aire las espirales azules, coloradas, amarillas; la multitud circula con alborozo, tomando el sol, en vez de la ceniza que nos recuerda la vanidad de las cosas humanas y la hora inevitable, ignorada y terrible...

Empieza, pues, la Cuaresma á ser burlada y desdeñada en su origen y fuente, que es el día del *memento* y de la reflexión, preparadora de la contrición y la penitencia. Pasado el miércoles, creerías tal vez que recobra sus fueros la meditación y el arrepentimiento de los pecados, si no vieses anunciados por todas partes los bailes de Piñata del primer domingo cuaresmal. Observad como los fieles tienen en tan poco los mandatos de la Iglesia, que ni aun se verifican los bailes de Piñata en la noche del sábado, lo cual ahorraría la infracción del ayuno, pues cuando se pasase al *buffet* ya sería domingo, sino el domingo mismo, que viene á ser el lunes. También en este día de la Piñata veréis las calles animadas por el bullicio de las máscaras; volverá el antifaz á cubrir los rostros, correrá el champagne en las cenas, y la pálida Cuaresma se velará la faz con los crespones de su eterna melancolía.

¡El ayuno! El ayuno es, de todos los preceptos, el más desatendido, si bien no le va en zaga la vigilia con abstinencia. Fijad los ojos en cualquier periódico y reparad cómo combinan sus *menus* las fondas y casas de comer, presentando á las ostras estrechamente enlazadas con las perdicés y á las langostas dando el brazo á los capones. Entrad en las casas y sorprended las intimidades de la vida de familia: hallaréis que el viernes perseveran las chuletas y el cocido: apenas si los días más señalados de la Semana Santa se come de vigilia. Recordad las pequeñas *soirées* escogidas, y en muchas encontraréis la tetera y la *bouillotte* flanqueadas por los lindos platos de Sajonia cargados de pastas, de emparedados y de tostaditas. Preguntad á la gente por qué no ayuna, y aunque pocos españoles y ninguna española os res-

ponderán que porque no les da la gana, cada cual alegará su pretexto y su disculpa. El uno por joven, por viejo el otro; ésta por anémica, aquélla por nerviosa, la de más allá porque sufrió la *gripe* el año pasado..., ello es que los ayunadores escasean más que los zahories. Y qué, si sacásemos á relucir los secretos de las grandes cocinas, y se divulgase que los cocineros echan substancia de carne y medula de buey á las sopas de vigilia, y picadillo finísimo de jamón á los pasteles de anchoas, logrando así que los convidados salgan bendiciéndole y repitiendo con el más delicioso candor: «¿Ha visto usted qué comida de pescado? Mantiene lo mismo que una de carne. ¡Lo que pueden la habilidad y la ciencia de un buen *cordón bleu!*»

No sólo no se ayuna, sino que casi nadie sabe en qué consiste el ayuno y cómo se guarda.

Consultad la estadística y ella os enterará de que se expenden cada año menos bulas de la Santa Cruzada y de carne. Este dato será doloroso, pero es exactísimo, y prueba que la Cuaresma, como dije, se evapora, se disipa, desaparece de las costumbres de este país tan católico y también ¡ay! tan mal hablado, tan horriblemente blasfemo.

No se tome á paradoja: la Cuaresma decaea..., por lo mismo que decayó el Carnaval. Los dos eternos enemigos, los irreconciliables, los antagonistas, se han atravesado mutuamente y agonizan juntos. La indiferencia hacia las tradiciones, que es como el olvido de la personalidad, como la pérdida de la fisonomía, como la sumersión en el mar de la indiferencia, cuyas olas se lo tragan todo y borran hasta los vestigios de lo que fué: he aquí el mal que consume á la Cuaresma. Vamos caminando á que el año sea todo igual, monótono, sin esas graciosas interrupciones que tienen en el fondo alto sentido, que son filosofía simbolizada en prácticas populares. Cada fiesta, cada conmemoración de la Iglesia encierra enseñanzas, y el año litúrgico, bien seguido, bien estudiado, sería como una historia del alma humana y de su redención y glorificación.

Ahora se acerca el período en que la Iglesia despliega más grandeza en sus ceremonias y en sus solemnidades. La bendición de los santos óleos; la reconciliación de los penitentes; el Lavatorio, que hace la apoteosis de la suprema humildad; el pavoroso oficio de Tinieblas, que sobrecoge el ánimo; la tierna y reverente Adoración de la Cruz; los sublimes Improperios; la bendición del fuego nuevo y del incienso; el cirio Pascual; la bendición del agua bautismal, son otras tantas estrofas del largo himno de dolor y esperanza que empieza en la imposición de la Ceniza y concluye con el *Aleluia* victorioso de Sábado Santo. Nunca la devoción y la oración parecen más fáciles y gratas que en este tiempo en que el invierno se despierte y aún no se atreve á desplegar sus galas la primavera. Nunca está más cerca de nosotros el Salvador, el Héroe cuya gesta divina refieren esas conmovedoras páginas litúrgicas. Sin embargo, ¡cómo se le olvida! ¡Qué lejos del corazón se le lleva!

No negaré que aún quedan casas donde se observa al pie de la letra la disciplina cuadesimal. En provincia, sobre todo, se ayuna y se guardan las vigiliass estrictamente. Si evoco las memorias de mi niñez, recuerdo que el ver infringidos los preceptos de la vigilia y del ayuno era caso punto menos que inaudito en aquel medio ambiente sosedado de capital provinciana. A este propósito referiré un sucedido que demuestra hasta qué punto parecían inverosímiles las infracciones. Existía en mi pueblo natal una Asociación benéfica de damas, fundada y presidida por la condesa de Espoz y Mina y de que formaba parte mi madre. El día de Jueves Santo, durante los Oficios, dos señoras ricamente vestidas de negro pedían para los pobres en la iglesia, teniendo á uno y otro lado á dos niñas asiladas, de las que amparaba la Asociación; y era inveterada costumbre que al salir del petitorio, las niñas se quedasen á almorzar en casa de una de las señoras, antes de retirarse al asilo. Cuando nos tocó el turno de convidar á las niñas, sirvióse en la mesa lamprea, ese admirable pez-sierpe de nuestros mares del Norte, que debe de vencer en sabor y en firmeza á sus celebrados congéneres del lago Fúsaró. Las criaturas - á las cuales me parece estar viendo con su traje de indiana azul y su mantillita blanca de tieso lino - encontraron exquisita la lamprea, y se les dió, para la merienda, en un cesto, lo que había sobrado, con muchos dulces y golosinas. De vuelta al Asilo, alabaron la sabrosa comida, y al preguntarles las Hermanas de la Caridad en qué había consistido, dijeron que, sobre todo, en un gustosísimo plato de carne. ¡Hermanas que tal oyeron! ¡Carne en Jueves Santo! Dejo á la consideración del lector los extremos de asombro y de reprobación que hicieron, el pasmo de unas, la incredulidad de otras; y el caso no era para menos.

Por último, una de las niñas debió de añadir: «Y ahí traemos las sobras, madre.» Corrieron al cesto las buenas Hermanas, y no sin gran consuelo descubrieron el cuerpo del delito, la lamprea... que sirvió en tal ocasión para vindicar á mi familia de una nota infamante. El magnífico pez es de tan recia y poderosa comida, que se explica el error de las pobrecillas, las cuales no lo habían probado jamás, ni sabían que existiese.

En Madrid no he visto lampreas. Es preciso reconocer que los rigores de este tiempo penitente son más llevaderos en mis costas que por acá. La lista de una comida de vigilia, no sólo es fácil, sino golosa, en esas tierras del Noroeste, donde el mar cría y sazona tan delicados manjares. En el país gallego, el marisco ofrece variedad increíble, y son tan numerosos los géneros de pescado blanco y azul, que se considera habilidad en una buena ama de casa el conocerlos por sus nombres y saber escogerlos y diferenciarlos. Aunque sólo existiese la sardina, con el gusto que tiene al salir de las olas, sería llevadera la Cuaresma. La sardina no es viajera: quiere, según el dicho popular, que se oiga desde el puerto donde la redaron el chirrido de la sartén en que la fríen; á la corte llega la sardina denegrida, acardenalada, sin la gentil curvatura que guarda su plateado cuerpo mientras está fresca y sólida la carne; y los madrileños ignorarán siempre lo que es una sardina, si no van á catarla á las orillas del Cantábrico. Las reciben en descomposición. Al paladar de los que hemos nacido en la playa no cabe que se le engañe ni con sardinas de tres días, ni con ostras de cuatro ó seis.

En Madrid, el seco bacalao, las ascéticas lentejas y el garbanzo disfrazado con verde capuchón de perejil en potaje son los recursos de la inmensa mayoría de los que aún acatan los preceptos. Las colaciones constituyen un problema de economía doméstica. Patatas, alcachofas, berenjenas, judías, se empeñan en remedar á otros manjares más nutritivos, y se rebozan y se rellenan para fingir que no son verduras, algo semejante á lo que manducaban los primitivos anacoretas, á quienes debemos recordar para no sentir tanto las leves mortificaciones del estómago. No deja de haber poesía en lo que se refiere de San Pablo, el eremita, que vivió sesenta años en una gruta que tenía á la entrada una fuente y una palmera, con cuyos dátiles se mantuvo el santo todo ese tiempo, y lo que consta de San Macario, que más sobrio todavía, se contentaba con tomar para su sustento, los domingos, alguna hoja de legumbre cruda. Hay un rasgo encantador, referido en la *Vida de Santa Paula*, y que él solo pinta la rigurosa penitencia de aquellos ascetas. Pasó por el desierto un viajero compasivo, y dejó á San Macario, en ofrenda, un tentador racimo de uvas tempranas. Aunque atormentado el santo por el hambre y por la sed, desecada la lengua en la ardorosa boca, ofreció el racimo al solitario de la celda más cercana. Éste lo llevó al inmediato, y así sucesivamente el racimo fué dando vuelta á las celdas, que pasaban de ciento, y volvió intacto á San Macario, quien lo gustó por fin bendiciendo á Dios.

¿No es cierto que la anécdota trasciende como una violeta silvestre, y convida á reprimir los ímpetus de la gula, que de tal manera avasallan al siglo en sus postrimerías? Esta excesiva preponderancia de la materia en los últimos años del siglo, si la consideramos bien, produce impresión de fatiga y repugnancia. El precepto del ayuno, cuya utilidad higiénica nadie desconoce, pues está de acuerdo con lo que sabemos del influjo de la estación germinal en el organismo, es también higiénico para el alma. Aprender á privarse de un goce ó de un capricho sin interés egoísta, sin que á ello incite el consejo del médico, sino el recuerdo de que allá hace cerca de dos mil años, en Palestina, el Nazareno pasó cuarenta días sin probar alimentos, en la cima de una montaña, es un rasgo de espiritualidad, de finura, que no exige valor heroico, que sólo pide cierto dominio (muy conveniente) de la voluntad sobre este regalón Sancho Panza que se llama el cuerpo.

Por eso duele ver cómo se evapora la Cuaresma; por eso aflige el que desaparezcán también, al par de las costumbres que, como el Carnaval, son sospechosas de paganismo, las que proceden esencialmente del Cristianismo y encierran, bajo la corteza de un precepto escueto y categórico, la pulpa de una lección. En esta época del año en que el culto ofrece tan tiernos y dramáticos detalles, todo es misterio, todo expresa cosas inefables, enlazadas con el momento más glorioso de la Redención. Si no imitamos á los cristianos de Oriente, que no comen en tres días, no queramos tampoco parecerlos á los irracionales, que no son capaces de ayunar.

EMILIA PARDO BAZÁN